

La fiesta número uno

HUGO ESTRADA

Algunos abren desmesuradamente la boca cuando oyen que el acontecimiento más grande de la historia cristiana es la resurrección de Jesús. Es cierto que para la Nochebuena hay más luces de colores, regalos, copas de champán y música; pero nada hubiera significado para la humanidad que Jesús naciera, si después moría como todos los demás. Lo más sorprendente y espectacular en la vida de Jesús es su Resurrección. En las fábulas de los poetas abundan los casos de personajes que resucitan después de muchos años de muertos. En la historia de la humanidad, la resurrección del Señor es un hecho aislado, fuera de serie, no repetible.

Los más incrédulos

Al meditar en la Resurrección de Jesús, hay algo que sorprende: precisamente a los más íntimos amigos de Jesús se les hace cuesta arriba creer que Jesús ha resucitado. María Magdalena, al encontrar el sepulcro vacío, no piensa en la posible resurrección del Señor, sino en que se han “robado” el cuerpo del Maestro. Los temerosos apóstoles, al ver aparecer, sorprendentemente, al Señor entre ellos, lo creen un “fantasma”, un producto de su acongojada y titubeante fantasía. Los caminantes que van a Emaus, comentando el “fracaso” de Jesús, no se percatan de que el viajero que los acompaña a través de muchos kilómetros, es el mismo Jesús, que les demuestra cómo las Escrituras afirmaban que el Mesías tenía que morir y resucitar. El apóstol Tomás rehúsa empedernidamente creer que Jesús ha resucitado, aunque se lo aseguran todos los demás apóstoles.

“Destruyan ente templo y en tres días lo reedificaré” (Jn 2, 19)

La actitud de incredulidad de todos estos seguidores de Jesús es, hasta cierto punto, psicológicamente, comprensible, pues a ellos les tocaba ser los primeros que se iban a abrir a una experiencia única en la historia de la humanidad. Los niños cuando aprenden a caminar, tropiezan y caen repetidas veces; para ellos es algo nuevo, inusitado, poder dar un paso. Los discípulos, en aquel momento crucial de su vida, eran niños que aprendían a caminar por un terreno inexplorado y por eso se resbalan en su incipiente fe.

Estaba profetizado

Durante su vida, Jesús había anunciado varias veces su resurrección en una forma simbólica. Cuando echó a los mercaderes del Templo, un grupo de fariseos le preguntó que con qué autoridad se tomaba esa libertad. El les respondió: “Destruyan ente templo y en tres días lo reedificaré” (Jn 2, 19) El Evangelista San Juan apunta con precisión que se refería al templo de su cuerpo. A los mismos fariseos, que le exigían obstinadamente un milagro a Jesús, como que fuera un prestigitador para divertir a la gente, les replicó: “Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran cetáceo, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra” (Mt 12, 40) Es por eso que la mente de María Magdalena, de los apóstoles, de Tomás y de los viajeros de Emaus, ante la evidencia de los sucesos, hacen trabajar sus inteligencias como computadoras, y van recordando los discursos de

Jesús, que previamente les había hablado de su muerte y resurrección. Tomás ya no pretende –como al principio– meter su mano en el costado de Jesús; los apóstoles no ponen ningún reparo en sentarse a la mesa a departir un poco de pan y de pescado con el Señor resucitado.

¿Ilusos?

Fue San Pablo el que escribió aquella frase lapidaria en los anales del cristianismo: “Si Cristo no resucitó, la fe de ustedes es vana” (1 Cor 15, 17). Traducido a nuestro lenguaje equivale a afirmar que si Cristo no hubiera resucitado, los cristianos y cristianas seríamos los más ilusos del mundo. Si Jesús no hubiera resucitado, los cristianos seríamos los más tontos del mundo al creer en cosas misteriosas y al echarnos sobre los hombros la pesada carga del Evangelio. Pero los cristianos no somos ciegos que avanzamos envueltos en la tinieblas de la ingenuidad. Al resucitar, Jesús probó con precisión lógica que era Dios. Si era Dios no podía ser un farsante, un mentiroso que nos viniera a contar historietas de miedo y fábulas de ultratumba.

Desde el momento en que sabemos que Jesús es Dios, tenemos la seguridad más absoluta de que todas y cada una de las palabras de Jesús son limpias, verdaderas, divinas. Él aseguró que era el Camino, la Verdad y Vida. Es por eso que, cuando seguimos a Jesús, estamos seguros de que vamos por el camino correc-

to que nos conduce a la verdad y que nos lleva a la vida eterna.

En la historia de la humanidad hubo varios fundadores de religiones; aparecieron grandes maestros de espiritualidad. Algunos hasta llegaron a sostener que eran enviados de Dios. Pero, un día, la pala del sepulturero les echó encima unos cuantos metros de tierra, y desde

sus tumbas sólo nos responden con el más absoluto silencio.

José de Arimatea tenía la mejor buena voluntad cuando regaló un sepulcro nuevo para Jesús; pero el buen rico judío no había caído en la cuenta de que Jesús no necesitaba una tumba, pues no había venido a la tierra para quedarse en un sepulcro, sino para resucitar.

La Pascua

Para los judíos del Antiguo Testamento, la fiesta de Pascua era una celebración de regocijo. Recordaban el día memorable en que el Señor lo había liberado de la esclavitud de Egipto. Para los cristianos del Nuevo Testamento, la Pascua de resurrección es la fiesta más grande del año. No hay en ella luces de bengala y chisporroteo de cohetillos, ni succulentas cenas como en Navidad; pero en el ambiente flota la certeza de un Jesús resucitado que nos garantiza también a nosotros nuestra futura resurrección.

El sepulcro vacío de Jesús es el reto más grande a la muerte. De la cóncava oscuridad del sepulcro de Jesús brotan bocanadas del más puro optimismo, de la esperanza más alentadora. Desde el momento que Jesús resucitó, la muerte dejó de ser el "cuco" de los hombres. Para los cristianos y cristianas la muerte se asemeja a una aduana para el turista; es un momento incómodo en el que se pierde tiempo en control de pasaportes y registro de equipaje. Pero el turista, la turista sabe que, al salir del aeropuerto, lo espera una ciudad esplendorosa, que tanto ha ansiado conocer.

El momento de la muerte es para todo ser humano un mal rato; pero la cristiana, el cristiano, confiado en la Palabra de Jesús resucitado, sabe que tras los cristales de la muerte le espera la vida eterna que Jesús le prometió. Detrás de la nebulosidad de la muerte, la cristiana, el cristiano sabe que lo espera Jesús resucitado, como anfitrión impaciente, para introducirlo en la morada que le fue a preparar.

